

PROYECTO ACLIS



PROYECTO A C L I S

ROCÍO BREA CONTRERAS



MANIAC

PROYECTO ACLIS

Primera edición Maniac Ediciones: 2026

© del texto: Rocío Brea Contreras

© del diseño, maquetación y cubierta de esta edición: Maniac Ediciones

Corrección: Rocío García Melgar

www.maniacediciones.com

Impreso en España – Printed in Spain

ISBN: 979-13-991246-2-0

Depósito legal: DL SG 27-2026

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a hola@maniacediciones.com si quiere reproducir algún fragmento de esta obra.

Para todas esas almas desesperadas.

No estáis solas.



CAPÍTULO 1

—Aquí tiene, señor Durán. Agitado, no revuelto.

Por inercia, Diego vació la copa de un trago. La mezcla de ginebra y vermut le irritó la garganta. Tosió.

Parpadeó varias veces: el fuerte alcohol lo devolvió a la realidad. Examinó con incredulidad su mano izquierda. Aún sostenía la copa, donde reposaba una solitaria aceituna. No recordaba haberla pedido. Tampoco entrar ni sentarse frente a la barra. Un rápido vistazo le bastó para comprobar que no reconocía el local, y le extrañó que no hubiera más clientes.

Dejó la copa con cuidado y revisó su aspecto mientras intentaba mantener la calma. Vestía su mejor traje, impoluto y sin arrugas, y no tenía ninguna herida aparente. El gran espejo tras la barra le permitió ver que incluso su corto pelo castaño lucía bien peinado. Su piel estaba más pálida de lo normal, pero eso era todo.

¿Qué había ocurrido?

La cabeza le pesaba y le costaba pensar, como si continuara inmerso en aquella bruma.

Desde luego, había sido un sueño extraño. Tan vívido que todavía recordaba con claridad el sabor de la humedad en los labios, el frío penetrante en los huesos y la angustia arraigada en su pecho. Lo único que había evitado que se perdiera en aquella niebla de pesadilla, donde no podía ver más allá de dos palmos de distancia, fue esa voz extraña, tranquila y pausada.

Apoyó la frente en la mano izquierda y cerró los ojos, tratando de hacer memoria. Se había quedado hasta tarde investigando, pero luego todo estaba borroso. Daba igual cuántas vueltas le diera: su mente siempre volvía a ese sueño brumoso y a la voz misteriosa. Lo último que recordaba era despertar en aquel bar desconocido, con una copa vacía en la mano.

—¿Le gusta esta canción?

La repentina intervención hizo que Diego se girara con brusquedad, casi saltando en el taburete. A su derecha, el barman había encendido la gramola. En cualquier otra ocasión, habría disfrutado la pieza —le entusiasmaba el jazz—, pero en ese momento aquel hombre acaparó toda su atención.

—Es *Round Midnight*, un clásico —continuó, al ver que su cliente no contestaba—. Pero si no le agrada Monk, también tengo a Peterson, McPartland o Evans.

—E-está bien así —logró decir, con voz ronca.

El barman sonrió, satisfecho, y volvió a su puesto tras la barra.

Diego se pellizcó la mano sin apartar la vista de su anfitrión. Aguantó hasta que el dolor se hizo insostenible. Quiso gritar, pero se contuvo, mientras trataba de mantener una expresión neutra.

No, no estaba soñando: ese hombre era el dueño de la voz misteriosa. Ese tono calmado era lo más nítido entre sus recuerdos borrosos; lo habría reconocido en cualquier parte.

Abrumado, intentó serenarse. Le quedó claro que el barman estaba implicado en lo ocurrido, fuera lo que fuese. Lo examinó con cautela. El hombre vestía una pulcra camisa blanca que contrastaba con su piel oscura. Era alto, delgado, calvo y no aparentaba más de treinta años. A Diego no le pareció peligroso, aunque en su trabajo había aprendido que no podía fiarse de las apariencias. ¿Quizá lo había drogado? Eso explicaría su desorientación.



—Veo que ha terminado —dijo el barman—. ¿Desea otra copa?

—No.

—Oh. —La mirada fija de su cliente no lo incomodaba. Recogió la copa que había sacado y cerró la coctelera. A Diego se le antojó decepcionado, aunque no perdió la sonrisa—. Bueno, si cambia de opinión o necesita cualquier otra cosa, avíseme. Por el momento es mi único cliente, señor Durán, estoy a su entera disposición.

—¿Respondería a mis preguntas?

—Desde luego —dijo, franco—. Adelante.

Diego dudó; no esperaba una respuesta tan rápida y sincera de un desconocido, y menos si era el responsable de su estado. No bajó la guardia.

—¿Quién es usted? ¿Y de qué me conoce?

—¡Madre mía, soy un maleducado! —exclamó dándose una palmada en la frente. Su locuacidad lo desconcertó, aunque no tanto como que, acto seguido, le tendiera la mano. A pesar de sus recelos, se la estrechó, siguiéndole el juego—. Puede llamarme Adán. De hecho, ¿podría llamarle Diego?

—Vale, Adán —dijo despacio.

—Perfecto. Verá, respondiendo a su segunda pregunta, nos han presentado hace un rato, pero usted todavía estaba ido. Me alegra ver que ya ha vuelto a la normalidad.

—¿Presentado? —Diego tiró el taburete al levantarse. Cada nueva frase que salía de la boca del barman lo desconcertaba aún más. Fuese cual fuese su juego, no tenía ninguna gracia. Alzó la voz—. ¿Cómo que ido? ¿Qué demonios me ha pasado?

—Cálmese. ¿No recuerda lo ocurrido?

El aludido soltó una risa sarcástica.

—¿Crees que, si lo hiciera, estaría así?

—*Touché.*

Diego lo miró con exasperación. ¿Cómo podía seguir tan calmado?

—Mira, yo me voy —dijo.

Se dio la vuelta y corrió hacia la salida. Ninguno de sus golpes hizo ceder la puerta.

—No se abrirá, Diego. Todavía no.

Se giró. Adán no se había movido y su actitud no había cambiado. Diego se percató de que lo miraba preocupado. Era el colmo. Lo había secuestrado, ¿a qué venía esa expresión? Bajó la mano, dispuesto a enfrentarse a él. Al palpar la funda vacía se le quebró la voz.

—¿Dónde está mi pistola?

—Aquí no —respondió Adán—. Odio las armas, solo traen desgracias. De haberla llevado se la habría quitado, créame.

—Me lo pones difícil.

—No le he mentado, Diego. ¿No la perdió en algún sitio? Si hace memoria seguro que...

—¡Cállate! —gritó, fuera de sí—. No era suficiente con que tu amiguito me atacara, ¿verdad? Así que me drogáis y me encerráis. ¿Para qué? ¿Servirme copas y ponerme música? ¿De qué va todo esto?

—¿Amiguito? ¿A quién se refiere?

—No te hagas el tonto. Si tu compañero no me hubiera pillado desprevenido todavía tendría mi arma y podría...

Diego enmudeció.

Recordó.

Por fin comprendió.

Su ira y su miedo tardaron escasos segundos en dar paso al llanto. Cayó de rodillas.

¿Cómo había podido olvidarlo?



CAPÍTULO 2

—¿A dónde vas, Lucas? —saltó Diego, al ver que su compañero se levantaba para coger su abrigo.

El aludido se giró y lo miró con hastío.

—¿Tú qué crees? —respondió, cortante. Había vuelto a engordar, le costó más de lo que debería abrocharse la gruesa prenda marrón. Ignoró el destello de burla que asomó a los ojos marrones de su colega y se enroscó la bufanda de lana azul oscuro al cuello—. A casa. Ya es tarde.

—No me lo puedo creer. ¡Si todavía no hemos sacado nada en claro! —Diego golpeó su escritorio con ambas manos, lo que atrajo las miradas de varios policías cercanos. Tanto en su mesa como en la de Lucas, enfrentadas, se acumulaban declaraciones, pruebas forenses e informes de balística. Tras la aparición de una cuarta víctima esa misma mañana, habían reunido todo lo que tenían sobre aquel maldito caso para estudiarlo en profundidad—. La única teoría que teníamos se ha ido a la mierda. No puedes marcharte sin más y dejarme colgado.

—Llevamos todo el día con esto, novato —dijo Lucas con voz cansada. Terminó de ajustarse su sombrero de fieltro, a juego con el abrigo, y volvió a centrar su atención en Diego. Sus ojos azules reflejaban la frialdad de sus palabras—. ¿Acaso te crees que eres el único frustrado? Nos hemos tirado horas revisando las vidas de esas pobres chicas. Horas interrogando a familiares y amigos. Horas mirando grabaciones y pateando las escenas para, de nuevo, no encontrar ni un testigo, ni una pista más. Nada. Ni siquiera sabemos dónde las mataron.

—Por eso no podemos parar ahora. Se nos tiene que haber pasado algo. Si volvemos a revi...

—Hay que saber cuándo frenar, novato —le cortó—. Es más fácil que se te pase algo cuando no estás al cien por cien. Deberías probar a dejar el orgullo a un lado y hacer caso a tus mayores, para variar.

Diego apretó los puños y se tragó sus palabras. Por enésima vez durante esa tarde, el móvil de Lucas vibró con fuerza. El inspector lo sacó del bolsillo y le echó un vistazo rápido. Suspiró con fuerza y al fin se dignó a descolgar.

—Nos vemos mañana —concluyó, justo antes de contestar, ignorando la rabia que emanaba de Diego.

No tardó en llegar al ascensor, al otro extremo de la comisaría, mientras escuchaba y respondía con monosílabos quedos. Diego se lo quedó mirando hasta que desapareció. Acto seguido, trató de no prestar atención a los cuchicheos y las miradas de desaprobación de los pocos policías de uniforme y los inspectores que presenciaron la escena e intentó centrarse de nuevo en el caso.

No lo consiguió.

El desdén que Lucas imbuía a la palabra «novato» lo sacaba de sus casillas. Diego ya llevaba más de siete meses en el cargo y no consideraba justo que lo degradara de aquella manera. Ambos eran inspectores. Ambos estaban al mismo nivel. Y vale, no llegaba a los treinta y no tenía tanta experiencia como él, pero eso no significaba que fuera peor que su compañero. ¿O acaso no consiguió que lo destinaran a la Comisaría General de la Policía Judicial en tiempo récord?

Además, Lucas podía llevar más de veinte años en el cuerpo, pero esa experiencia hacía aguas en cuanto abría su petaca. No fueron ni una ni dos las ocasiones en las que Diego lo había sorprendido bebiendo a escondidas, o que llegó a su puesto apestando a alcohol. Consideró denunciarlo



ante el comisario, pero dada la amistad que les unía y que, al final del día, nadie negaba que cumplía con su trabajo, no se había atrevido.

Teniendo esto en cuenta, le resultaba irónico que Lucas le hubiera echado la bronca por no estar al cien por cien. Lo más probable era que fuera a él a quien se le hubiera pasado algo. Diego fantaseó unos minutos con esa idea. De ser cierto, podría usar su metedura de pata para que cesaran a ese borracho de una vez por todas.

No tardó en suspirar y sacudir la cabeza, volviendo a la realidad. Bastante le estaba costando encontrar cualquier indicio, cualquier pista que lo llevara hasta el asesino de aquellas universitarias, como para demostrar encima que Lucas era la causa de que hubieran pasado algo por alto. Ya tendría tiempo para encontrar pruebas sólidas contra su compañero. Su prioridad era resolver ese caso. Le demostraría a todo el departamento que no se había equivocado al insistir en que se lo asignaran. Conseguiría que lo tomaran en serio de una vez. Y Lucas por fin comprendería que «el novato» era mejor que él.

Con esto en mente y los ánimos renovados, Diego apuró el poco café que le quedaba en la taza, ya frío, y cogió el informe de Lucía Laborda, la primera víctima.

Contuvo una mueca. Lo había revisado quién sabía cuántas veces y todavía se le revolvía el estómago al ver las fotos. No era su primer cadáver, pero sí el que se encontraba en peor estado. Hasta estuvo a punto de vomitar en la papelera cuando el forense se lo enseñó. Recordó, una vez más, la fugaz sonrisita burlona que cruzó el rostro de Lucas ante su malestar. La rabia y su deseo de borrarla de la cara eran lo que le daba fuerzas para examinar de nuevo las imágenes sin ceder a las náuseas.

Comenzó como un caso de persona desaparecida. No obstante, dos días después de la denuncia, un vagabundo encontró el cuerpo de Lucía en una calle estrecha que daba a la plaza de Argüelles, de madrugada, atado de pies y manos. El forense dictaminó que la habían violado repetidas

veces y que, de no ser por el disparo en la frente, cualquiera habría asumido que la habían matado a golpes.

Diego sacudió la cabeza y pasó la página. Qué ingenuo había sido. No tenían pistas, ni testigos. Su asesino incluso tomó la precaución de ponerse un preservativo, según los restos de látex y poliuretano encontrados por el forense, así que ni siquiera consiguieron una simple muestra de ADN. Además, Lucía no murió en aquel solar, solo se deshicieron allí de su cadáver. Pero al descubrir que la joven había denunciado por malos tratos a su exnovio, Noel Nieto, y que este se había pasado por su residencia de la Complutense la tarde previa a su desaparición, donde discutieron a gritos, Diego asumió que él era el responsable. Y no creía que nadie pudiera culparlo por tomar esa decisión. En aquel momento contaban con un sospechoso con motivo, antecedentes, sin coartada y, encima, al registrar su apartamento, descubrieron una pistola del mismo calibre que la utilizada para matar a Lucía. Con esas pruebas, hasta Lucas casi aceptó la culpabilidad de Noel, aunque su compañero no era el mejor referente.

Sin embargo, al día siguiente de arrestar al exnovio comenzaron los problemas. Por un lado, balística demostró que la bala que mató a la joven no fue disparada con el arma de Noel. Por otro, apareció un segundo cuerpo en condiciones idénticas. Además, las marcas del proyectil que arrebató la vida a la nueva víctima, Ana Silva, coincidían con las del extraído del cráneo de Lucía: ambas fueron asesinadas con la misma pistola.

Esto hizo que volvieran a la casilla de salida, de nuevo sin pistas. No tenían ningún indicio que les indicara dónde las mataron en realidad. Tampoco habían encontrado nada concreto que las relacionara. Ambas jóvenes eran muy distintas, no se conocían ni compartían amistades. Lucía tenía diecinueve años, era rubia, de piel pálida y cursaba su primer año de Derecho en la Universidad Complutense. En cambio, Ana tenía veintiún años, tez morena y pelo castaño; estudiaba tercer curso de Magisterio en la misma universidad y trabajaba a tiempo parcial en El Grano Molido, una cafetería cercana a Odontología. Como ambas facultades es-



taban a casi veinte minutos andando la una de la otra, consideraron que el asesino podría haberlas elegido a través de El Grano Molido, porque era muy popular entre los alumnos. No obstante, según sus conocidos, Lucía tenía tal aversión al café que ni siquiera era capaz de poner un pie en el establecimiento debido al olor, así que pronto desecharon la teoría.

Al menos estaban seguros de que la Complutense era el nexo común: cuatro días después de que encontraran a Ana, los informaron de la desaparición de una nueva estudiante, Rebeca Suárez. Tampoco se parecía físicamente a sus compañeras y, al contrario que ellas, faltaba a clase y sus notas eran mediocres. Según sus amigos, sopesaba cambiar de carrera. Solo tardaron un día en encontrar su cadáver, en el mismo estado que los anteriores.

Pero el colmo llegó tres días más tarde, aquella misma mañana, cuando encontraron a la cuarta víctima, Celeste Vera, en el parque del Oeste, cerca de Moncloa. No habían recibido ningún aviso sobre su desaparición porque la joven estudiaba en la Universidad Autónoma, al norte de Madrid, y, en teoría, debido a la rivalidad que se profesaban ambas instituciones, jamás habría puesto un pie en la Complutense.

Eso destrozó la teoría de la universidad. Ya no tenían nada que uniera a las víctimas, más allá de que fueran mujeres jóvenes de edades similares. Ni siquiera vivían cerca unas de otras. Investigaron a fondo la vida de Celeste y sus últimos movimientos, por si acaso la podían relacionar con la Complutense de alguna manera, pero fue en vano. La joven pelirroja vivía por y para sus estudios de Medicina. Solo salía de la residencia de su campus para ir a clase, a la biblioteca o para aprovisionarse de una buena cantidad de cafeína.

Diego se quedó mirando la declaración, pensativo. La compañera de cuarto de Celeste remarcó que esta tenía una seria adicción a la cafeína. Parecía ser lo único que adoraba aparte de estudiar. Volvió atrás, al expediente de Rebeca. Dado que su facultad, la de Odontología, era la más cercana a El Grano Molido, la cafetería había sido como una segunda casa

para la joven. Cuando apareció muerta, volvieron a interrogar a los empleados y revisado las grabaciones de las cámaras de seguridad; pero dado que Lucía seguía sin tener relación alguna con ese sitio, de nuevo lo descartaron.

Aunque ¿y si Celeste hubiera ido allí a por café?

Diego cerró los ojos y se llevó una mano a la sien. No, pero ¿qué tonterías estaba pensando? A nadie de la Autónoma se le habría pasado esa estúpida idea por la cabeza. Ir a un local de la competencia, nada más y nada menos. La rivalidad entre ambos campus estaba tan arraigada que hasta los propios estudiantes participaban en ella. Él lo sabía de buena tinta, estudió en la Complutense, donde vio cómo se rompían amistades y parejas por ello. Recordó incluso a una compañera que dejó de hablarse con su hermana solo porque, por casualidades de la vida, acabó en la Autónoma. Que, a ver, visto con perspectiva y años después, comprendía que se trataba de una auténtica chorrada, pero eso no iban a razonarlo unos críos cargados de hormonas y con nada de sentido común.

Así que no. Esa joven no habría sido tan tonta como para poner a todos sus compañeros en su contra por muy *gourmet* del café que fuera, ¿verdad?

Mordisqueó la base de su bolígrafo, incapaz de apartar aquella idea de su mente. Desde luego, le parecía una teoría ridícula, pero si tanto adoraba esa bebida, ¿acaso no habría querido probar la de El Grano Molido? A fin de cuentas, esa cafetería no solo era popular en la Complutense. El *Diario Dorado* había catalogado su café como el segundo mejor de todo Madrid; allí no acudían solo estudiantes. Celeste podría haber ido a escondidas, así tendría sentido que ni su compañera de cuarto ni sus amigas hubieran comentado nada al respecto.

Diego se recostó en su silla y soltó un largo suspiro. Por muy absurdo que le pareciera, no perdía nada por investigarlo. A decir verdad, a esas alturas se agarraría a un clavo ardiendo. Y si al final resultaba estar en lo cierto, habría demostrado que tres de las cuatro víctimas tenían ese lugar



en común. Algo que ya no podría catalogarse como una simple casualidad. Se dio una leve palmada en las mejillas para despejarse, enderezó la silla, desbloqueó su ordenador y buscó las grabaciones que consiguieron de la cafetería.

Al abrir la carpeta y comprobar las fechas de los archivos, se le escapó un taco. Como las obtuvieron el mismo día que encontraron el cuerpo de Rebeca, no tenían ningún registro de los tres últimos días.

Miró su reloj: las nueve menos veinte. Si se daba prisa, podría llegar antes de su hora de cierre y pedir los vídeos de seguridad que faltaban. Sin siquiera preocuparse de apagar el ordenador, cogió su abrigo y las llaves del coche y salió corriendo.

Por un segundo, mientras apretaba con fuerza el botón del ascensor para que las puertas se cerrasen, Diego se preguntó si quizá, como mínimo, debería informar a Lucas de lo que estaba haciendo. No tardó en desechar la idea. El inútil de su compañero estaría ahogando penas en algún bar de mala muerte; no serviría de nada avisarle. Además, todavía consideraba aquella una teoría absurda, y si se la contaba a él o a cualquier otro, estaba seguro de que acabarían riéndose en su cara. No quería arriesgarse a quedar como un imbécil; por tanto, antes que nada, debía comprobarlo por su cuenta.



Diego aparcó de mala manera en el primer sitio que encontró, al lado del Hospital Clínico Universitario San Carlos y del parque Jaime del Amo. Maldijo por lo bajo. Tras casi quince minutos de dar vueltas por el campus, no le quedó más remedio que dejar ahí el coche: el aparcamiento de la cafetería, el de Ciudad Universitaria y las calles colindantes estaban hasta los topes.

Escuchó música de fondo, lejana, a saber de qué fiesta se trataba. A él nunca le interesaron mucho, pero, por lo que leía en las noticias, los

estudiantes se desmadraban más cada año. Dio gracias a que el bullicio tenía pinta de estar bastante más al norte y a que el parque permanecía en calma, y atravesó este último a todo correr; El Grano Molido estaba al otro lado y ya era casi la hora de cierre.

Cuando el gélido viento nocturno le azotó el rostro y le quemó la garganta, reparó en que no había cogido la bufanda. Tampoco el paraguas. Soltó un taco, pero ya no podía volver atrás. Las densas nubes que cubrían el cielo amenazaban tormenta; como le pillara la lluvia con ese frío cogería algo más que un resfriado.

Por suerte, no tardó en avistar el discreto edificio de la cafetería. Este hacía esquina entre la avenida Complutense y la calle del Doctor Severo Ochoa; por detrás daba al parque Jaime del Amo. Tenía dos plantas. Entre ambas, y por el lado que daba a la avenida, había un gigantesco cartel caoba, muy bien cuidado, donde se podía leer con claridad El Grano Molido, flanqueado por una taza humeante a la derecha y tres granos de café a la izquierda.

Diego corrió como una exhalación los metros que lo separaban de su destino, rodeó el aparcamiento y el edificio, y se dirigió hacia la entrada. Casi se dio de bruces contra el cristal al tratar de abrir la puerta. Todavía había luz en el local, en apariencia vacío. Mínimo debía de quedar una persona, había visto una figura al pasar con el coche. Llamó a golpes con el puño para captar su atención.

Al cabo de unos segundos, un empleado bajó corriendo las escaleras que daban al piso de arriba, con cara de susto. Era Francisco del Río, Diego lo reconoció del interrogatorio de hacía tres días. Tenía unos veintitantos años, demasiadas pecas, la nariz chata y el pelo oscuro, corto y revuelto. Llevaba una escoba en la mano e iba vestido con el delantal amarillo y verde característico del establecimiento, demasiado corto para su altura, una camisa blanca y unos vaqueros azul oscuro. Al ver a Diego en el exterior, le hizo señas para indicarle que el local estaba cerrado. El inspector



le enseñó su placa. Eso y su cara de pocos amigos obligaron al empleado a abrirle, aunque dejó puesta la cadena de seguridad.

—Ostras, inspector, no le había reconocido. Me ha dado un susto de muerte, ¿qué ocurre?

—Buenas noches, Francisco. Imagino que recuerda la investigación que hicimos aquí hace unos días.

—Prefiero Fran, si no le importa, ya se lo indiqué. Y cómo no. Pobre Ana. —Dejó escapar una mueca de desagrado—. Pero no lo entiendo. El inspector Cano dijo que ya no necesitaban nada más. ¿Qué hace aquí?

—Estamos revisando varias teorías. Necesito las grabaciones de las cámaras de seguridad de la cafetería de los tres últimos días.

—¿Tiene la orden?

Diego abrió mucho los ojos. ¿Qué narices? No se esperaba una respuesta tan hostil.

—No se necesita una orden judicial para esto —replicó, más cortante de lo que pretendía. Eso le recordó que, con las prisas, no había redactado el oficio correspondiente para informar al establecimiento, pero el chico no tenía por qué saberlo. No estaba dispuesto a perder más tiempo volviendo a la base para hacerlo, ya lo tramitaría al día siguiente—. Puesto que ya nos han dado el resto de vídeos de las últimas dos semanas, no esperaba que fuera a negarse.

—No, no. Perdona si ha sonado mal, no era mi intención. —Fran carraspeó, la creciente hostilidad de Diego lo estaba poniendo nervioso—. Verá, Julio, mi jefe, es el que se encarga de esas cosas. Nos tiene dicho que no hagamos nada sin avisarle. Esta mañana se fue de viaje y no volverá hasta mañana por la noche.

—Pues llámeme al móvil, entonces. No es tan difícil.

—Se lo dejó en el despacho. —El camarero sacudió la cabeza—. Llamó desde una cabina para confirmarlo. No sé dónde se aloja; no tengo forma

de contactar con él. Entiéndalo, por favor, me juego mi empleo. Sin su permiso no puedo darle lo que necesita, lo siento.

Diego respiró hondo. No debía perder los papeles ante un civil. Relajó la presión de su mano izquierda, que tenía cerrada desde hacía rato, para evitar hacerse más daño. La abrió y cerró un par de veces para restablecer la circulación de sus dedos y, algo más calmado, volvió a la carga.

—Escúcheme bien, Fran, porque solo se lo diré una vez —comenzó en el tono más sosegado del que fue capaz. Lo miró a los ojos. Eran oscuros y estaban cargados de temor. ¿Qué clase de persona sería el tal Julio, en realidad? Aparcó ese pensamiento por el momento, ya investigaría a ese calvo cuarentón más adelante—. Como ya sabe, tratamos de averiguar quién ha violado y matado a esas pobres chicas. Una de ellas era Ana. Su compañera, su amiga. ¿De verdad me está diciendo que no hará todo lo posible para atrapar a quien le hizo eso? ¿Obstruiría nuestra investigación solo por miedo a su jefe? ¿Aun a sabiendas de que, en cuanto contacte con él, tendría que darnos las grabaciones? Entienda, por favor, el poco sentido que tiene.

—Sí. Si tiene razón, pero...

—Además, es su obligación colaborar con la Policía, ¡nadie tendría derecho a recriminárselo! Aunque, si se queda más tranquilo, no tiene por qué darme nada ahora, pero necesito confirmar el contenido cuanto antes. Si esperáramos, perderíamos un tiempo demasiado valioso. Por favor, solo déjeme revisar los vídeos mientras usted termina de limpiar. Le prometo que no tardaré, Julio no tiene por qué enterarse.

Fran lo miró, indeciso. A Diego le pareció que libraba algún tipo de conflicto interno. En serio, ¿y si al final tenía razón en su disparatada teoría y Julio era el responsable? Además, con todo lo que había pasado, la investigación en curso y el nuevo cadáver, ¿el tipo justo cogía y se iba de viaje? ¿Y se había dejado el móvil «de casualidad»? Le pareció demasiado sospechoso, tendría que investigar su paradero en cuanto acabara con las



grabaciones. Por suerte para él, tras un minuto, Fran cerró la puerta para quitar la cadena.

—Está bien, confío en usted —dijo, tras abrir de nuevo y dejarle entrar—. Que encuentren al asesino de Ana y de esas chicas es más importante que cualquier otra cosa. Por favor, tómese el tiempo que necesite.

Diego le dio las gracias y siguió a Fran hasta la trastienda, al otro lado del mostrador. La siguiente sala solo contaba con cuatro taquillas a la derecha, una estantería y varias cajas de plástico apiladas de cualquier manera cerca de la pared izquierda. También había una trampilla en el centro que daba al almacén del sótano y una salida de emergencia enfrente. Fran lo guió a través de otro acceso situado a su izquierda.

El despacho de Julio era más acogedor de lo que esperaba —Lucas fue el que entró allí la última vez, no él—. Por el aspecto y la actitud de ese hombre, Diego hubiera jurado que tendría las paredes decoradas con diversos trofeos de caza o de deportes. Le chocó encontrar, en cambio, un cuadro con demasiadas flores y otro con un extraño bebé sonriente. Que él supiera, Julio no tenía hijos. Una orquídea violeta descansaba en la zona izquierda del escritorio, muy bien cuidada, justo al lado de una foto de boda con el que asumió que sería su marido. Sacudió la cabeza. Quién lo hubiera dicho.

Dirigió su atención al ordenador, que estaba encendido. La enorme pantalla, en el centro del escritorio, se dividía en cuatro. Cada imagen se correspondía con una de las cámaras de seguridad. Había una en cada planta y dos en el exterior. Fran le explicó con rapidez cómo podía ver las imágenes de los días anteriores y volvió corriendo a sus quehaceres, dejándole solo.

Diego no perdió el tiempo. Se sentó ante el ordenador, de espaldas a la salida, y se puso manos a la obra. Le costó un buen rato, pero al fin encontró a Celeste. A punto estuvo de soltar un grito de júbilo al reconocerla. La joven se había recogido la melena pelirroja en un moño y se había cu-

bierto la cabeza con una gorra verde oscura. También vestía una cazadora ancha, imaginó que para pasar desapercibida.

Pero no para él. Se reclinó en el respaldo de la silla, con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa triunfal. Acababa de confirmar que tres de las cuatro víctimas habían estado en El Grano Molido el día antes de su desaparición. Ese era su nexo. Tenía que serlo. Lucía era la única que hacía temblar los cimientos de su cada vez más sólida teoría. Por lógica, debía de haber ido a la cafetería, aunque se hubiera quedado fuera. Si pudiera encontrarla en las grabaciones, Lucas ya no tendría ningún derecho a seguir llamándolo novato.

Decidido a no desperdiciar ese ramalazo de suerte, volvió a incorporarse y retrocedió la grabación hasta el día anterior a la desaparición de Lucía. Le pareció casi imposible que la joven hubiera entrado por la puerta de emergencia, que daba al parque; a los únicos que vio ir y venir por allí era a los empleados. Aparte, para llegar al primer piso la cámara de la planta baja habría tenido que captarla por narices. Se centró en esa última y en la que apuntaba la zona del aparcamiento y la entrada principal.

Pasado un buen rato, decidió ignorar el interior y centrarse solo en el exterior. No tenía mucho tiempo; debía limitar la búsqueda. Apenas parpadeó mientras escrutaba a cada persona que entraba en la maldita cafetería. Al cabo de varios minutos más, comenzó a lagrimear, los ojos le escocían. Se negó a despegarlos de la pantalla, tan obcecado estaba en encontrar a Lucía. Avanzó y rebobinó el vídeo infinidad de veces.

Nada. Ni rastro de la joven. Desesperado, volvió un día atrás.

«Quién sabe —pensó mientras revisaba cada segundo de la grabación con una obsesión casi febril—. Es la primera víctima. Podría haberla elegido mucho antes».

Masculló una maldición. Retrocedió otro día.

«Sí, tiene que ser eso. Cuando uno hace algo por primera vez siempre tarda más. Quizá incluso, al principio, su asesino no pensó en matar-



la, solo seguirla. A saber. Venga, aquí tiene que haber alg... ¡Me cago en todo!».

Insultó en voz alta y sin reservas al gigantesco grupo de estudiantes que se había reunido en varios corrillos alrededor de la entrada aquel día. Era la hora de comer, la cafetería estaba hasta los topes y parecía que habían decidido tomarse el café —o lo que fuera— allí mismo, de pie. Justo en la línea de visión de la cámara. Diego se frotó los ojos y soltó un bufido. ¿Qué les pasaba? ¿Acaso daban pastas gratis? Eran tantos que apenas podía distinguir al resto de clientes, forzados a pasar por detrás de ellos o sortearlos para acceder al local. Se vio obligado a alternar con la cámara de la planta baja para comprobar con exactitud quiénes eran los que entraban.

De repente, frenó en seco. Había perdido a una persona. Rebobinó y volvió a la cámara del exterior. Encontró de nuevo a ambas mujeres, una rubia y otra morena, que se abrían paso en zigzag a través de los molestos estudiantes de fuera. Por desgracia, no había ningún plano donde se les viera bien la cara. Aun así, el corazón de Diego se aceleró. Daba la impresión de que la morena llevaba medio a rastras a la rubia.

Volvió al plano del interior. Esa cámara estaba en la esquina superior, a la izquierda de la entrada, orientada de tal forma que el mostrador quedaba en la zona superior del encuadre. Apenas se veía media puerta en la parte inferior derecha de la pantalla, y solo cuando alguien la abría para entrar o salir de la cafetería. Normal que hubiera perdido a la rubia. La joven morena entró, todavía agarrada del brazo de su compañera, y se quedó rezagada un momento; Diego supuso que tratando de convencer a la otra para entrar. No tuvo éxito, porque se acercó sola al mostrador, dejando el acceso abierto. O eso parecía a simple vista. Al ampliar la imagen, comprobó que una persona estaba apoyada en la puerta. Solo se veía una pierna y un brazo pálido con el que sujetaba una carpeta de colores chillones.

Diego soltó todo el aire que había estado conteniendo y se pellizcó en el brazo. No, no estaba divagando. Era ella. Lucía. Jamás habría podido

olvidar esa horrible carpeta, a juego con el resto de su cuarto, decorada con tantas chorradas friquis que hacía daño a la vista. Aparte, ahora que podía distinguirla con claridad, reconoció a la morena como una de las amigas de Lucía, aunque no de las más íntimas. Mandaba narices, ¿cómo es que esa chica no les contó que ese día fueron allí?

Sin embargo, eso era lo de menos. Lo tenía. Lo había conseguido. Por fin. Se sentía tentado de levantarse y dar palmas, aunque lo primero era lo primero. Debía restregárselo a Lucas, sí, pero también buscar los datos de esa chica para confirmarlo. Además de encontrar el paradero de Julio, volver a hablar con los empleados y revisar otra vez las grabaciones para identificar nuevos sospechosos, como poco.

Por inercia, alargó la mano para coger uno de los archivos de su mesa, pero en su lugar se chocó contra el jarrón de la orquídea.

Eso lo hizo volver a la realidad. Recordó dónde se encontraba y miró el reloj de su muñeca. Se asombró al ver que eran casi las doce. ¿De verdad llevaba más de dos horas allí? Imaginó que Fran no se habría atrevido a molestarlo, teniendo en cuenta cómo perdió el temple con la masa de estudiantes del vídeo. Un leve rubor subió a sus mejillas. Estaba a punto de levantarse para ir a buscarlo y disculparse, cuando vio algo que lo dejó helado en el sitio.

En su euforia se olvidó de parar la grabación, y esta continuó su curso. Un hombre se acercó a hablar con Lucía. Alguien cuyo rostro conocía bien. Un sudor frío le recorrió la espalda mientras volvía a revisar los vídeos donde vio por última vez a Rebeca y a Celeste. No le costó mucho encontrarlo. Al igual que con Lucía, la conversación fue breve, unos tres minutos.

Escuchó un quejido suave a su espalda. Diego saltó hacia la izquierda justo a tiempo de evitar que un enorme cuchillo se clavara en su cuello, a costa de que le atravesara el hombro derecho. Gritó de dolor y perdió el equilibrio. Antes de caer al suelo, logró coger la orquídea y lanzarla contra la cara de Fran. Sus alaridos le indicaron que había acertado el golpe.



Diego parpadeó. Estaba mareado; le costaba enfocar la vista. Al caer, se había golpeado la cabeza contra la esquina de la mesa. Por suerte, el dolor del hombro le impidió perder la consciencia. Con un gemido se sacó el cuchillo, que todavía tenía clavado, y comenzó a arrastrarse hacia la salida.

No llegó muy lejos. Un nuevo golpe, esta vez en la espalda, lo aplastó contra el duro suelo. Algo se partió. Con dificultad, giró sobre sí mismo y lanzó una patada a ciegas. A su grito de dolor y esfuerzo se unió el de Fran, al que había acertado en el estómago. El empleado soltó la escoba rota y cayó de culo. Diego se incorporó como pudo y gateó hasta quedar lejos de su alcance. Bajó la mano, decidido, pero solo palpó una funda vacía.

Con horror, observó cómo Fran recogía su pistola del suelo.

El miedo le renovó las fuerzas. Consiguió levantarse y salir de la habitación. Dedicó un segundo a tirar las cajas apiladas para tratar de entorpecerle el paso a ese asesino y corrió hacia la salida de emergencia.

La abrió de un empujón. El frío nocturno le dio de sopetón en el rostro a la vez que escuchaba un disparo, seguido de un golpe metálico a su espalda. Trastabilló, pero el pánico le ayudó a mantenerse en pie y continuar corriendo. Fran no tardó en ir tras él; disparó dos veces más. Diego gimió cuando una de las balas le rozó el antebrazo derecho. Se internó en el parque a la carrera, en un vano intento de despistar a su perseguidor. En su estado, mareado y sangrante, el empleado no tardaría en alcanzarlo.

Corrió un buen trecho sin fijarse hacia dónde se dirigía. Iba en zigzag, sorteando los árboles. Escuchó un trueno en la lejanía. Una nueva bala impactó contra el tronco que acababa de dejar a su izquierda, levantando una fina lluvia de astillas. Diego se sobresaltó, por un segundo creyó que ya había logrado huir, y tropezó con una enorme raíz.

Cayó al suelo y rodó de lado unos metros, hasta que su estómago chocó contra el tronco de otro árbol. El golpe le hizo perder el aliento. Su visión volvió a emborronarse.

Escuchó pasos rápidos a su espalda, pero no fue capaz de continuar la huida. Usó sus últimas fuerzas para girar sobre sí mismo. No le dieron para más. Por sus mejillas resbalaron lágrimas de dolor e impotencia.

No quería morir. No así.

Lo último que alcanzó a ver fue el cañón de su propia pistola, que le apuntaba directo a la frente.